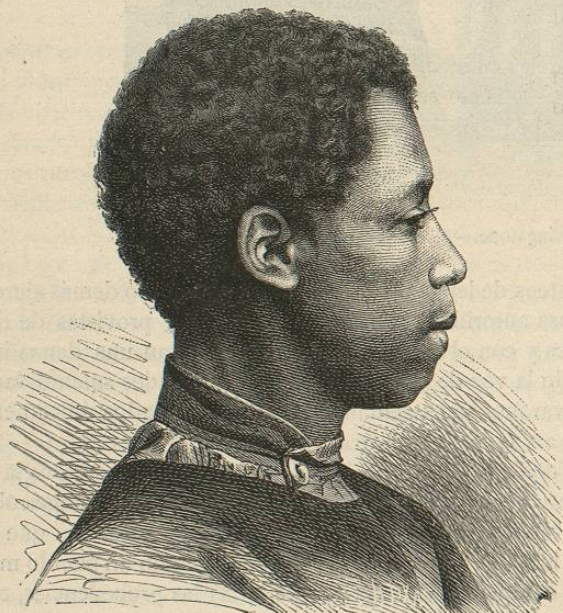


De la misma manera que los manganjas utilizan los hormigueros como atalayas, aprovechan ellos estas alturas naturales que en los tiempos de lluvia son los únicos puntos firmes y secos que se encuentran en medio de aquellas inundaciones y en los cuales plantan el maíz y el durra. Livingstone habla también de una especie de arroz que «el pueblo, sin embargo, no conoce ni necesita.» Sus alimentos favoritos son las bulbos de la planta del loto y el meollo del arbusto papyrus. La ganadería parece ser aquí más bien una noble pasión de algunos caudillos que base de alimentación para el pueblo. De los peces de esta región cita Livingstone el *samba* que es el mayor, el *pumbo* (especie de carpa con las aletas ventrales rojas) que es el que más abunda y el más importante como alimento, el *kambari*, el *lopatakwao* y el *polwe*. Las pescas más abundantes son las que se hacen en el Zambezé cuando los peces, en la época de la cría, remontan la corriente. A pesar de que estos babisas se ven obligados á navegar con frecuencia, sus canoas son muy imperfectas y sólo sirven para ser arrastradas por medio de perchas por encima de las praderas inundadas. En este concepto están mucho mejor provistos los babisas del Bangweolo que habitan en islas, es decir los mbogwas. Las cuatro islas grandes pero planas del lago están habitadas por hábiles pescadores que poseen excelentes canoas.

Esos babisas de los pantanos se diferencian de las vecinas tribus por su tocado especial que consiste en añadidos de piel ó de pelo en forma de orejas, muy parecido al gorro orejudo de los damaras. El carácter de los babisas de los pantanos tiene también algo de especial que Livingstone



Un monje galla de la tribu limu de Enarea. — (De una fotografía de la colección de Pruner Beis).

define con esta acertada observación: «los isleños tienen siempre tendencia á permanecer en sus fortalezas naturales, impulsándoles á ello el sentimiento de su seguridad.» Su historia explica en cierto modo su carácter exclusivista y desconfiado, pues los masitus los han arrojado á estos pantanos de difícil acceso: la experiencia les ha enseñado que no convenía intimar mucho con otras gentes. Que las tradiciones hablan de un estado mejor y de mayor libertad anterior al que actualmente disfrutan, lo demuestra la relación de Livingstone quien, unos días antes de su muerte, mandó llamar á muchos babisas para preguntarles si sabían algo de una montaña de la cual salían cuatro manantiales, obtenien-

do por toda contestación que los que antiguamente solían viajar habían muerto. Hace algunos años, la ciudad de Malenga era el punto de reunión de los comerciantes babisas, pero éstos habían sido arrojados de allí por los masitus, habiéndose retirado á esos pantanos.

Mientras estos babisas de los pantanos habitan en la orilla oriental del lago, la orilla meridional, seca y fértil, sirve de asilo á una porción de fragmentos desprendidos de estas tribus, que son principalmente agricultores, vigilan muy atentamente sus cosechas y están siempre dispuestos para la fuga.

CAPÍTULO V

PUEBLOS GUERREROS Y PASTORES DE LA TRIBU ZULÚ (MATABELES, WATUTAS)

«Los watutas son los beduinos del interior de Africa.»

STANLEY.

El dualismo étnico en el Este de Africa.—Pueblos guerreros y bandidos de la especie de los zulús.—Los matabeles. Su separación de los zulús. Historia en tiempo de Moselikatse.—Las tribus afines de los matlapatlapas y bamawakanas.—Las tribus fraccionadas de los baroekwas, barokas, balempas y maschonas.—Los landines del bajo Zambezé.—Los masitus, mavitis.—Historia de los watutas y de los wahehes. El rey Mirambo.—Los zulús monos: mahindsches y walungus.—El miedo como factor origen de las emigraciones y de las nuevas colonizaciones.—Los wayaos y su participación en el comercio de esclavos.—Ojeada más favorable.

Los antagonismos internos que ofrecen las más de las poblaciones del Africa ecuatorial oriental constituyen un fenómeno extraño que merece ser estudiado, sea como carácter de civilización, sea como medio para explorar la historia de los africanos. Pocos pueblos pacíficos agrícolas encontramos que no estén rodeados de ganaderos nómadas, ó aterrizados por pueblos guerreros semi sedentarios, ó que finalmente no ejerzan á su vez una soberanía sobre algún pueblo más ó menos vasallo suyo. En la mayor parte de los casos, estos antagonismos se extinguen en aquellas tribus que, durante todo el curso de su historia, han vivido entre la vida sedentaria y el nomadismo y que encontramos en todos los pueblos de la tierra que se dedican principalmente á la agricultura (¿no tiene por ventura la misma Europa los bohemios, pueblo nómada rebelde á toda policía?). Pero el contraste aparece más marcado en el Africa, porque toda la población aborigena no ha alcanzado un grado muy superior de estabilidad, sino que casi siempre vacila entre ésta y el nomadismo, viniendo á parar con frecuencia á éste por poco que cambien sus circunstancias políticas y económicas. Este antagonismo lo encontramos en todas las comarcas que recorremos, pudiendo muy bien decirse que adquiere mayor fuerza cuanto más avanzamos, en dirección al Norte, hacia el país montañoso del Este de Africa, y que por ciertas circunstancias puede deducirse que el Norte es su origen ó por lo menos el punto de donde arranca su fuerza.

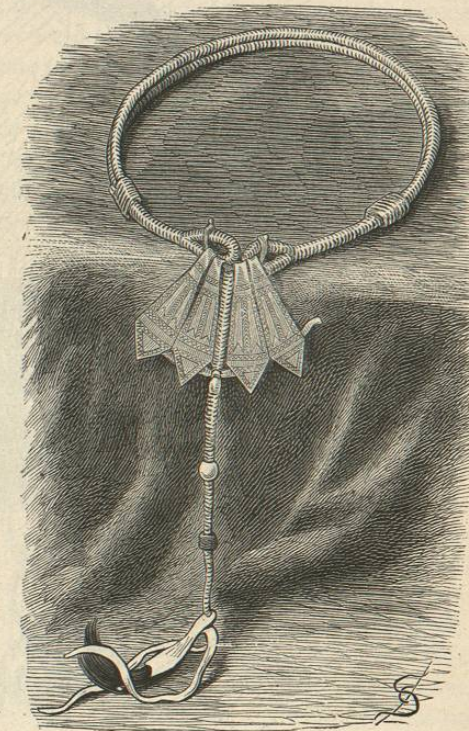
En la esencia del nomadismo está el ocupar extensos territorios y por ende el transportar las cualidades étnicas de una región de una parte de la tierra á otras más remotas, mientras que, por el contrario, los agricultores apegados al terruño conservan, aun en territorios muy inmediatos, diferencias importantes. Este antagonismo no es para nosotros ningún hecho nuevo, pues la invasión del país marutse por los makololos, pueblo que en la historia del Africa interior es conocido como mestizo de betschuanos con un núcleo constituido por los basutos, puede hasta cierto punto ser considerado como choque de los antago-

nismos entre ganaderos y agricultores, es decir entre un pueblo errante y un pueblo sedentario. Pero esto dentro de nuestra experiencia histórica era un fenómeno aislado y por esto fué pasajero, es decir que el mayor número de antiguos agricultores sedentarios absorbió á los invasores. Se ha hecho notar que la presencia de los makalakas y otros y la propagación de ciertos usos y costumbres más allá del Zambezé prueban, al parecer, la repetición de estas invasiones de sud-africanos en el territorio del Africa central; pero también hay que tener en cuenta que no muy lejos del Zambezé, al Norte, cesa casi por completo la ganadería, de suerte que en los territorios meridionales del Congo los bueyes son una verdadera rareza. Sin embargo, entre los agricultores aparece la población de los enanos que, aunque de otro modo, es decir cazando, ejerce cierta influencia nomadizadora. En los países montañosos del Este, estos antagonismos, más marcados y más fundamentales, se presentan de distinto modo, pues en ellos vigorosas potencias nómadas cruzan las residencias de casi todos los agricultores, respecto de los cuales están unas veces como soberanos permanentes, otras como poderosas hordas rapaces y otras como gentes que viven pacíficamente sometidas y en enigmáticas relaciones de superioridad, ora dominante, ora simplemente de pura forma honorífica. El origen de estos pueblos es muy distinto: por esto conviene ante todo hacer notar que puede demostrarse ó es probable que una parte de ellos procede del Sud, al paso que está muy justificada la procedencia del Nordeste de la otra parte. Hablando en tesis general, la primera parte se distingue por el instinto de guerra y de rapiña que constituye el carácter fundamental de su vida y de sus sentimientos, mientras que la segunda se caracteriza por su afición decidida á la vida pastoril, conforme á la cual viven pacíficamente entre los pueblos agrícolas. Los pueblos enanos aficionados á la caza (véase pág. 118), los cazadores profesionales de hipopótamos (watwas) y otros son, según todas las probabilidades, pequeñas derivaciones de uno ú otro grupo.

De todos estos pueblos, el más conocido en punto á origen y á historia y por ende el que con razón puede ser estudiado antes que todos los demás, es el de los matabeles, oriundos indudablemente del Sud: este pueblo es marcadamente guerrero y bandido y puede ser considerado como el mejor representante de aquel tipo, en primer lugar citado, de los pueblos errantes del Este del Africa. Habitando al Nordeste de los zulús y en inmediato contacto con ellos los matabeles, se les parecen en todo lo esencial, y en realidad no forman más que un grupo grande y aproximado del tronco fundamental dentro de la notable cadena de pueblos zulús que se extiende desde Natal hasta más allá del ecuador. Las tradiciones y las leyendas al par que la analogía de sus costumbres, demuestran que su separación de los zulús data de reciente fecha, y si hubiéramos de dar crédito á las primeras, diríamos que el actual país de los matabeles fué en otro tiempo un país independiente gobernado por una reina á la que otras habían precedido. Debilitado por el hambre, fué este pueblo sojuzgado por los cafres, los cuales á su vez fueron sometidos por Moselikatse que apareció después de ellos. Por lo que á Moselikatse se refiere, todas las noticias concuerdan en que en tiempo del reinado de Tschaka fué enviado al frente de una numerosa horda de zulús al Norte para llevar á cabo una expedición de rapiña, habiéndose luego quedado por su propio gusto en este país que es uno de los más hermosos y fértiles del Sud de Africa, imitando á su soberano en su afición al robo y á la guerra de la misma manera que los matabeles igualaron á los zulús

en crueldad y espíritu guerrero. La organización militar de los zulús no cambió allí en lo más mínimo, y por esto los matabeles son aún hoy en día fieles imitadores de ellos. «Sus formas atléticas, su mirada salvaje, su desnudez apenas velada por una cola de pantera atada sobre las caderas, su terrible lanza, su colosal escudo que cubría todo su cuerpo, hacían que estos cafres se distinguieran fácilmente de los bahurutse», dice Casalis hablando de los embajadores de Moselikatse que, en 1840, llevaron á los misioneros franceses del país bahurutse la orden de presentarse á este soberano: en su relato describe á los zulús de conformidad con lo que en la misma época y casi en los mismos términos nos dice Gardiner.

Moselikatse hace mucho tiempo que ha muerto y su hijo Lobengula tiene su residencia de Gubulewayo, visitada por

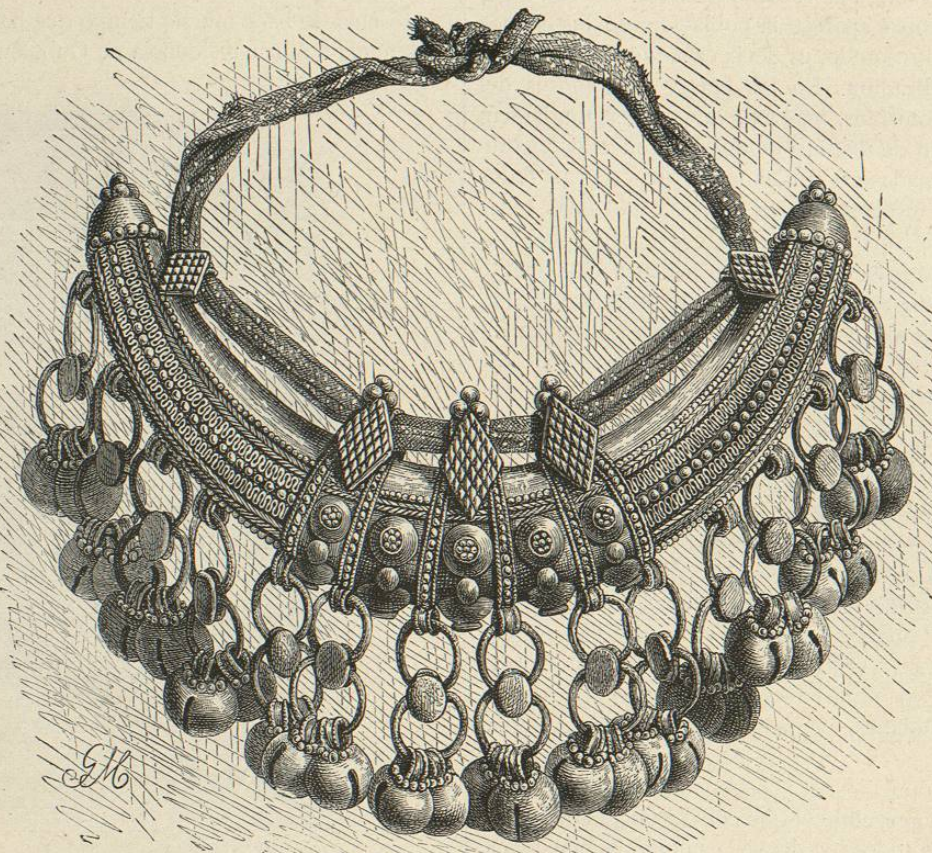


Un adorno de latón para mujer, de los gallas (Museo etnográfico, Munich) $\frac{1}{4}$ de su verdadero tamaño.

muchos comerciantes blancos, cerca del lugar que algunos de nuestros mapas designan todavía con el nombre de ciudad de Moselikatse. Pero los matabeles han continuado siendo lo que eran sus padres, por más que, como fácilmente se comprenderá, la separación en el espacio durante tanto tiempo haya producido algunas variaciones externas que contrastan con la uniformidad de los zulús. Así por ejemplo el tocado es mucho más variado, pues llevan gorros de piel de gato-tigre y de cebra con largos plumeros de plumas de pavo real y de águila. Otros llevan manojos esféricos de plumas de pintadas tan grandes como la cabeza misma y de los cuales sale, por encima de las demás, una gran pluma de adorno ó una cola de chacal. En cambio, las armas, el adorno guerrero de cola de pantera y otros adornos son casi exactamente iguales que los de los zulús. Sin las fronteras naturales que tienen á los zulús algo aprisionados entre el mar y las montañas y no sujetos á la opresión que la proximidad de los blancos en éstos ejerce, los instintos de los matabeles son más que guerreros salvajes y se han desarrollado mucho más habiendo crecido, por decirlo así, con exuberancia gracias á la proximidad de pueblos agrícolas cobardes. Su odio á los batokas y makalakas, sus vecinos

septentrionales tan laboriosos y acomodados pero desgraciadamente poco guerreros, es más la rabia de la fiera que la del hombre. Cuando Chapman en 1862 recorrió el país de los batokas, 30 jóvenes de este pueblo, que regresaban á su aldea, fueron asesinados á la vista de sus cabañas. Hechos como este estaban entonces á la orden del día. Dice el propio viajero hablando de los matabeles: «Se entregan á devastaciones terribles cuando en sus correrías casi anuales recorren las aldeas del Sud del Zambezé. Los hombres y las mujeres viejos y de media edad son asesinados y todos los jóvenes reducidos á la esclavitud. No cabe imaginar cosa más cruel que la brutalidad con que tratan las vidas huma-

nas, pero ¿qué otra cosa puede esperarse de un pueblo que desde su juventud ha sido criado en las más horribles carnicerías llevadas á cabo por el más fútil motivo? Todos los esfuerzos y toda la ambición de un matabele se reducen á matar su primer hombre, midiéndose desde entonces su honor y su fama por el número de vidas humanas que ha destruido.» Que á consecuencia de estas costumbres salvajes, cuya existencia sólo puede desenvolverse partiendo de la base de un profundo desprecio de la vida del hombre, se hace posible hasta la antropofagia, apenas es dudoso después de lo que llevamos dicho. Dos caminos pudieron haber conducido á ella, el orgullo y la embriaguez del triunfo de las hor-



Adornos de plata de las mujeres somalís (Museo para Etnografía, Berlín). Tamaño natural.

das guerreras de matabeles y demás compañeros por una parte y por otra la necesidad y el relajamiento general de los infelices vencidos y oprimidos. No es, pues, un hecho casual que en los territorios habitados por los matabeles ó por ellos saqueados se encuentren cavernas llenas de restos antropofágicos que demuestran la práctica reciente de tan bárbara costumbre. Las rocas de la mayor de estas cavernas que en 1869 visitaron muchos viajeros estaban ennegrecidas por el humo y el suelo cubierto de huesos humanos, en parte amontonados y en parte esparramados y aun ocupaban la pendiente que nacía al borde de la caverna. Abundaban allí los cráneos en su mayor parte de niños y de jóvenes que parecían haber sido separados de los troncos por medio de destales de poco filo ó de piedras afiladas: los huesos medulosos estaban rotos en pequeños pedazos y sólo había enteras las articulaciones redondas. Dentro de la caverna veíase una especie de galería oscura á la que se llegaba por toscos escalones y en la cual debían indudablemente ser guardados los infelices á quienes no se devoraba en el acto. Huir de aquel sitio era imposible sin pasar por la caverna. Aun cuando se ha dicho que esta costumbre ha sido abandonada, lo cierto es que en la caverna se encuentran

todavía huesos frescos, cuya parte grasosa permite suponer que sus dueños fueron hace poco tiempo sacrificados.

Algunas pequeñas fracciones de matabeles se han creado lejos del conjunto de su pueblo, gracias á sus residencias aisladas y montañosas, una existencia especial cuyo desenvolvimiento y estado han contribuido á presentar de una manera más clara las condiciones de vida de estos pueblos y el papel que han desempeñado. Varios guerreros matabeles, para sustraerse á la tiranía de Tschaka, huyeron hacia los altos valles de la montaña Maluti, en donde tomaron como nombre de tribu el de su caudillo Matlapatlapa. Habiendo sido éste sacrificado por una horda de antropófagos y pericido poco después en un combate su sucesor Mokokatue, la dignidad de caudillo pasó al hijo del último, llamado Palule, á quien los matabeles obligaron, en 1837, á pedir la ayuda de los basutos; pero cuando el caudillo de éstos, Sekonida, sucumbió en una expedición guerrera contra Dingan, éste pasó á cuchillo á una gran parte de los matlapatlapas, el resto de los cuales (7 ó 8,000 hombres) llevó en sus antiguos territorios una vida miserable de depredaciones. En las mismas montañas habitaban los bamawakanas, aliados de los matlapatlapas, que hacía 15 años

habían fijado su residencia en aquellos puntos al parecer seguros y reunido considerables rebaños. Inopinadamente cayó sobre ellos, una noche, una horda de matabeles mandada por Sepeka, que dió muerte al caudillo y á una parte de su pueblo, incendió sus cabañas y robó sus ganados. El resto de la tribu que había quedado reducida á 10 aldeas, vivía, bajo el gobierno del hijo del anterior caudillo, principalmente del robo y era, en tiempo de Arbousset, antropófaga no teniendo, como sus compañeros los matlapatlapas, casi ningún otro medio mejor de subsistencia. Algunos extraían el hierro de la tierra, otros criaban ovejas y cabras, y otros cultivaban tabaco en las vertientes de la montaña Maluti.

Siendo como eran estos pueblecitos fragmentos diseminados en la residencia de la tribu principal, venían á ser, por lo mismo, fragmentos del martillo que con fuerza caía sobre el yunque de las tribus pacíficas, destruyéndolas arbitrariamente ó haciéndolas cada vez más reducidas en número. Los resultados naturales de estos martillazos eran los pueblos constantemente emigrantes, creándose un estado de cosas en el cual la mano de cada uno estaba levantada contra todos los demás. En el territorio que se extiende entre el bajo Zambezé y el Limpopo, devastado hace años casi periódicamente por las correrías de los matabeles y de los zulús sofalas que lo asolaban por el Oeste y por el Este respectivamente, encontró Carlos Mauch un gran número de estas tribus que pueden ser llamadas los bohemios ó parias de aquella población. Allí están los barokwas, rama degenerada de los batongas, que vivían del robo en los afluentes septentrionales del Limpopo y que cazaban con flechas envenenadas, constituyendo un verdadero pueblo de salteadores de caminos. Cerca de ellos habitan los barokas, gentes procedentes de distintas tribus que por diversas causas se han visto obligadas á abandonar el territorio de sus caudillos: viven diseminados en cabañas aisladas y se alimentan mezquinamente de pescado, de tortugas, de presas arrebatadas á las fieras, de bayas silvestres, de ráfces y de calabazas. Más despreciados, quizás, son todavía los balempas que habitan en grandes aldeas y que, por causa del mismo desprecio que inspiran, se tratan poco con los demás pueblos: practican la circuncisión, comen la carne de los animales que ellos mismos cazan á su manera, no comen varios en un mismo puchero y sirven de intermediarios comerciales. Son los únicos que pueden fabricar alambres, con los cuales cubren á modo de filigrana palos y mangos de lanza. Recordando sin duda las ruinas de Zimbabwe, Carlos Mauch vió en los rasgos fisonómicos de este pueblo «una sorprendente semejanza con el tipo israelita,» semejanza en la cual no faltan «los ojos escrofulosos inflamados.» Más compasión que el de ninguna otra tribu ha de inspirarnos el estado de opresión y de dispersión en que se encuentran los maschonas, que viven al Oeste de los matabeles entre éstos y los bamangwatos: estrujados por unos y otros, encuéntranse en una miserable situación de dependencia. Desde hace muchos años, según Frank Oates refiere, los krales orientales de este pueblo son el objeto predilecto de las rapiñas de los matabeles, de suerte que los maschonas, ricos en otro tiempo, despojados de casi todos sus rebaños, viéronse en su mayor parte obligados á abandonar sus fértiles valles y á refugiarse en las montañas, entre cuyas peñas construyeron aldeas fortificadas ó en donde vivieron en las cavernas de las rocas. Y á pesar de esto, todavía gozan de la fama de ser los más hábiles en toda clase de trabajos entre los indígenas del Sud del Zambezé. Sin embargo, no forman un Estado propiamente dicho, sino que se reúnen en pequeñas agrupaciones que nun-

ca ofrecen juntas resistencia al enemigo común. Consecuencia de ello es la destrucción cada vez mayor del país y del pueblo causada por los continuos *impis*, correrías organizadas para el saqueo en las cuales los jóvenes son asesinados «como machos cabríos,» las muchachas y los niños reducidos á la esclavitud, y los ancianos, así los hombres como las mujeres, asesinados también ó quemados dentro de sus cabañas. Holub nos refiere algo análogo de la vida de robo de los matabeles del Oeste y de la manera cómo explotan á los maschonas y á otros vecinos.

Si llegamos hasta el Zambezé, encontramos á los landines, otra de las ramas de los zulús, enseñoreados de la orilla derecha de este río. Los portugueses reconocen prácticamente la situación dominadora de esta tribu belicosa, pagándole un tributo anual de bastante consideración, para cuya percepción van anualmente los landines á Senna y á Schupanga. Los ricos comerciantes de Senna apenas pueden con esta carga que pesa principalmente sobre ellos y si se someten pagando además de cuentas y de alambre de latón, 200 piezas de tela de algodón de 16 varas cada una, es porque saben que su resistencia al pago equivaldría á la guerra, cuyas consecuencias podrían ser la pérdida de todo cuanto poseen. Habiendo preguntado Livingstone á algunos de ellos por qué no procuraban conseguir ciertos productos de fácil obtención, le contestaron: «¿De qué nos serviría cultivar más? Los landines nos harían pagar mayor tributo.»

El mismo origen que á los matabeles atribuye la leyenda á otra tribu que domina en más extensos territorios viviendo en luchas y rapiñas perpetuas y que en la meseta del Oeste del Nyassa tiene sojuzgado al pueblo agrícola de los manganjas ó maravis. Tal es la tribu de los mavitis ó masitus que, según todas las descripciones, no es más que una tribu zulú y sólo en pequeños detalles se diferencia de los yaos (wayaos) que habitan al Este cerca de la costa y en el Rovuma. Unos y otros se extienden, hacia el Norte, constituyendo el pueblo, muy semejante á ellos, de los watutas, del cual hablaremos luego porque es el más importante para la actual historia del Africa oriental ecuatorial. Debemos hacer constar aquí que estos pueblos no deben ser considerados como tribus perfectamente cerradas, sino que estos nombres tan frecuentemente usados tienen, en parte, una significación puramente genérica, designando en general pueblos de carácter inconstante, belicoso y rapaz, y con algunas manifestaciones exteriores especiales, sobre todo en punto á armamento y á prácticas guerreras, que guardan armonía con ese carácter. En el sistema de vida de estos pueblos todo indica un grado extraordinario de variabilidad interna. Según que su suerte sea próspera ó adversa, aumentan ó disminuyen su población, su bienestar y la posibilidad de una existencia política especial. La historia de los pueblos africanos nos habla de pueblos de esta clase, de los cuales unos quedaron completamente atomizados y destruidos, mientras otros pasaron, en el transcurso de una generación, de la nada á un inmenso poderío. Pueblos pacíficos se ponen de repente la máscara de los watutas ó masitus y emprenden la guerra, primero con ridículo remedo como ovejas cubiertas con pieles de leones y luego con sanguinaria seriedad. Entre el Nilo y el Zambezé, hay una porción de estos «zulús monos.» Finalmente, la humanidad del interior del Africa aparece tan inconstante, que bien puede compararse este extenso y poblado territorio del Este ecuatorial, con un mar en continuo movimiento: siempre una ola empuja á otra, y tribu hay que hace muchos años va de lugar en lugar, empujada por otra más poderosa que se apodera de su territorio. Un conquis-